

EL FIN DEL IMPERIO EN EUROPA*

Hugh Trevor-Roper

El autor reflexiona en este ensayo sobre el devenir del nacionalismo en Europa en los dos últimos siglos, advirtiendo tres manifestaciones del mismo: el nacionalismo cultural, representado por Herder y Scott, de tipo inocente y romántico; el político, identificado con el poder del Estado, y finalmente el nacionalismo racial, que surge cuando Hitler redefine la nación como raza.

¿Qué tipos de nacionalismos emergerán tras el colapso del gran imperio multinacional de la Europa del Este? “Si expulsamos fuera toda la doctrina del racismo [...] y no exigimos fronteras demasiado rígidas en un continente de muchas naciones”, señala el autor, tal vez se pueda volver al nacionalismo cultural de Herder y alcanzar el ideal de una “Europa sin fronteras” prometido en 1993.

HUGH TREVOR-ROPER. Realizó sus estudios en Cherterhouse y Christ Church, Oxford. Ha sido profesor de Historia Moderna en Merton College y Oriel College, Oxford. Ex director de Peterhouse, Cambridge, y ex director de *Times Newspapers*. Entre sus numerosas publicaciones cabe mencionar: *The Last Days of Hitler* (1947); *Hitler's Table Talk* (1953); *The Plunder of the Arts in the Seventeenth Century* (1970); *Princes and Artist* (1976); *A Hidden Life* (1976); *Renaissance Essays* (1985) and *Catholics, Anglicans, and Puritans* (1987).

* “The End of Empire in Europe”, publicado originalmente en *The Worth of Nations*, Claudio Véliz, editor (Boston, Melbourne: The University Professors of Boston University, 1993). Traducido del inglés por el Centro de Estudios Públicos y reproducido con la debida autorización.

En Praga, a comienzos de 1948, conocí a un aristócrata austro-bohemio cuyo padre había sido uno de los últimos ministros del emperador Francisco José; él había retornado entonces a Praga en calidad de periodista norteamericano. Los comunistas aún no se habían apoderado de Checoslovaquia, aunque pronto lo harían. Ya habían impuesto su dominio en Polonia, Rumania, Bulgaria y Yugoslavia. Mi conocido austroestadounidense parecía observar el fenómeno con ojo tolerante o, al menos, desapasionado. “Una de las cosas que hay que decir a favor del comunismo”, comentó, “es que le ha quitado el aguijón al nacionalismo”. Efectivamente, era un hecho que no podía negarse; y tal vez la tolerancia de mi interlocutor era comprensible. Un descendiente de la aristocracia de la corte de los Habsburgo, largamente arraigada en Bohemia, bien podía contemplar ese logro con cierta simpatía. De hecho, Stalin había logrado controlar en Europa oriental a la fuerza que había destruido el inveterado imperio multinacional de los Habsburgo; y el nacionalismo, que en 1918 era algo bueno, en 1945 era algo malo.

Hoy ese mundo ha cambiado. Después de cuarenta años de firme control central impuesto por la fuerza, y en ocasiones tiránicamente, el uniforme sistema comunista internacional ha colapsado, y a lo largo de toda esa región, desde el Báltico al Adriático y el Mar Negro, el nacionalismo ha recuperado su voz, y tal vez su aguijón. El colapso del comunismo ha sido el evento más extraordinario y menos anticipado de los tiempos modernos. Ha puesto fin a una era, ha cambiado el rostro de Europa y abierto nuevas posibilidades. ¿Hay algún precedente de ello? Pienso que sí; pues no hay nada nuevo bajo el sol.

Los últimos dos siglos de la historia europea han visto una dialéctica recurrente entre, por un lado, el ideal de un orden internacional uniforme y, por otro, la transformación de las demandas planteadas por una diversidad de naciones en identidades conscientes que exigen su reconocimiento. Y en ninguna parte esa tensión ha sido más pronunciada que en las tierras que otrora formaban el imperio multinacional de los Habsburgo; pues es allí donde ha habido mayor aglomeración, fragmentación y entremezcla de naciones.

Ese imperio fue en sus comienzos construido pieza a pieza por el accidente dinástico: el matrimonio y la herencia. En el siglo XVII fue expandido y completado por la conquista y la reconquista militares (Bohemia, Hungría) y en el XVIII mediante la cínica anexión pacífica (las particiones de Polonia). Pero durante casi todo ese tiempo fue una monarquía laxa y múltiple, cuyas partes constitutivas conservaron su propio

carácter e instituciones. El nacionalismo, tal como nosotros lo conocemos, distinto de los tradicionales patriotismos locales y lealtades locales, no existía. Ese tipo de patriotismo local podía en efecto ser despertado e incluso inflamado, allí como en otras partes, si el gobierno central presionaba demasiado sobre los privilegios o costumbres o intereses de las sociedades locales; sin embargo, la idea de que cada “nación”, sea como sea que se la defina —ya por la raza, ya por la cultura, ya por el idioma—, debe ser “libre”, debe controlar su propio espacio vital, guarecida tras fronteras claramente definidas e inclusivas, y debe ser gobernada por sus propios gobernantes nacionales, no constituía aún un axioma político. Las fronteras políticas de Europa no buscaban ni pretendían abarcar naciones definidas. Muchos países contenían naciones diferentes o eran gobernadas por dinastías extranjeras, respecto de las cuales no había resentimiento. Si sociedades diversas deseaban resaltar su individualidad, generalmente optaban por hacerlo a través de diferenciaciones religiosas antes que políticas. Los habitantes del imperio de los Habsburgo eran —como diría uno de sus emperadores— “patriotas para mí”.

Luego apareció el primer gran estímulo para una nueva forma de nacionalismo en Europa: la Revolución Francesa. Amenazada por una coalición de monarcas, y en particular por el emperador, quien tenía sus buenas razones dinásticas, la república francesa revolucionaria urgió a las naciones de Europa a romper sus obsoletas y enmohecidas cadenas —las cadenas de la monarquía y la Iglesia, muchas veces monarquía extranjera e Iglesia internacional— y establecer, con apoyo de Francia, repúblicas revolucionarias similares: repúblicas libres y nacionales, basadas en modelos clásicos y con antiguos nombres romanos.

Algunas lo hicieron. El experimento duró poco sin embargo. Habiendo respirado por un tiempo el aire embriagador de la libertad nacional, las nuevas repúblicas pronto se vieron convertidas en oponentes por una cínica diplomacia de viejo cuño, o convertidas en monarquías títeres bajo gobernantes extranjeros advenedizos, salidos de la familia corsa de los Bonaparte, con el solo fin de ser desangradas, tiranizadas y agobiadas por impuestos en aras de una maquinaria de guerra imperialista. De modo que el nacionalismo cambió de lado. Se transformó en el llamado a la movilización de la resistencia. La batalla de Leipzig fue conocida como la “batalla de las naciones”, la victoria de las naciones sobre el imperialismo francés. Edmund Burke, paladín de la sociedad orgánica, estable, continua y conservadora, basada en el modelo inglés, prevaleció sobre Tom Paine, entusiasta defensor del utopismo radical y racional de Francia; y las novelas de Sir Walter Scott, que comenzaron a aparecer poco después de Waterloo y

que celebraban las tradiciones vivientes y antiguas lealtades de los países pequeños (y de un país pequeño en particular), se convirtieron en los superventas de la restauración europea.

¡Cuán inocente, cuán romántico parecía entonces el nacionalismo europeo! Desligado de la violenta política radical, fue domesticado al interior de la confortable sociedad conservadora. Si Scott fue su publicista, Herder fue su filósofo. Nacido, al igual que Scott, lejos de la sofisticación metropolitana —en Prusia oriental, aquella lejana isla alemana en medio de los eslavos—, fue el primero en predicar el evangelio de la identidad nacional, de la cultura nacional, contra las arrogantes pretensiones intelectuales de los filósofos franceses con su insufrible aire de superioridad para con aquellas naciones no ilustradas que iban todavía a la zaga en la marcha hacia el Progreso. Herder, por supuesto, exaltaba especialmente las virtudes de sus propios compatriotas, herederos (como él gustaba de señalar) de esos nobles salvajes, esos robustos y antiguos bárbaros nórdicos que habían acabado con los languidecientes ancestros romanos de las modernas razas latinas, y en cuyo espontáneo vigor creativo aún se basaba la cultura artificial —“delgada como un papel”— de los decadentes filósofos franceses. Pero a pesar de esas *boutades*,* Herder no proclamó la superioridad de la nación germana ni de ninguna otra. Para él, cualquier nación, no importa cuán pequeña o primitiva, poseía su propia cultura, que debía valorarse no con un artificial canon de “progreso” o “ilustración” impuesto desde fuera o desde arriba, sino por su autenticidad; y esa autenticidad se expresaba ante todo en su literatura popular. Dicha literatura, insistía, la voz espontánea del pueblo, era la posesión característica y más preciosa de una nación; y exaltaba particularmente los antiguos poemas épicos y las antiguas baladas ahora descubiertos —o inventados— en Europa: la saga de los *Nibelungos* en Alemania, el antiguo poema épico de Ossian en Caledonia, las *Reliquias de la antigua poesía inglesa* del obispo Percy, y las baladas ahora afanosamente compiladas en Schleswig y Escocia, en Escandinavia, España y Grecia.

Por aquellos días uno podía realmente hablar “del valor [*the worth*] de las naciones”. Para Herder, todas esas naciones eran valiosas, todas, excepto quizás Francia; y los historiadores alemanes, discípulos de Herder, fueron igualmente generosos. El más destacado de ellos y fundador de la nueva escuela alemana de historiadores, Leopold von Ranke, dejó de lado un momento su trabajo en los archivos venecianos para escribir la historia de un pequeño país en el que hasta entonces casi nadie había reparado:

* Salida de tono. (N. del T.)

Serbia. Fue inspirado a hacerlo por su amigo Vuk Karadjic Stefanovic, el compilador de las baladas medievales de Serbia: esa Serbia que ahora redescubría su identidad nacional en la medida que emergía, al igual que Grecia, de la larga noche de la conquista y el dominio otomanos.

Ese nacionalismo inocente, romántico, conservador, inspirado en la cultura y la historia del pasado, en el nacionalismo de Herder y Scott, es lo que llamaremos nacionalismo del Tipo I. Pero la historia no se detiene, y tras el Tipo I, tomando de él cualquier sustento que hallara conveniente y que pudiera digerir, cobraba fuerzas otra variedad de nacionalismo: una variedad mucho más dura, más radical, menos romántica y tal vez menos inocente. Es el nacionalismo que llamaré del Tipo II.

Si el nacionalismo del Tipo I fue una reacción contra el imperialismo francés, el nacionalismo del Tipo II había aprendido la lección de ese imperialismo y había llegado a un acuerdo con él. Era reconfortante sentir que “las naciones” de la Europa continental, su individualidad, su cultura, habían resistido la embestida del homogenizador imperialismo galo. Pero, ¿cuán verdad era eso en realidad? Se había necesitado la ayuda externa, después de todo, y al final, tal como dijo el Duque de Wellington, todo había sido “una maldita carrera ganada por estrecho margen”. Individualmente, las diversas naciones habían sido todas derrotadas. La cultura no podía defenderse por sí sola en naciones políticamente fragmentadas. Herder había sido, como el Savonarola de Maquiavelo, “un profeta desarmado”. De modo que una nueva generación de nacionalistas, tanto alemanes como italianos, buscó armar su cultura con la coraza protectora del Estado unitario. Y una vez que pensaron en esos términos, se vieron retrotraídos a Napoleón. Pues, ¿no había buscado Napoléon unificar Alemania e Italia, cosa que efectivamente logró en parte? ¿No había acaso recreado a Polonia; no había emancipado a los judíos? En retrospectiva, su tiranía y las ejecuciones que ordenó palidecían en la memoria. En los años de la Santa Alianza él aparecía como un nacionalista liberal: idéntico liberalismo, idéntico nacionalismo.

Para las instituciones de la monarquía restaurada en Europa, esa alianza de napoleonismo y nacionalismo resultaba desagradable por naturaleza. Para fortuna de las mismas, los triunfadores de 1815 cuidaron de que no cobrase alas. No sentían el menor deseo de presenciar la resurrección de las ideas revolucionarias francesas, de las aventuras bonapartistas, del poder militar francés; y el Concierto de Europa, recientemente establecido, estaba diseñado para evitar que así ocurriera. Cosa que consiguió hacer por más de treinta años, a pesar de las frecuentes tensiones y ocasionales revueltas. Las ideologías e intereses particulares podían diferir —

Este versus Oeste, absolutismo zarista versus monarquía constitucional inglesa—, pero siempre prevaleció un interés más general en preservar el acuerdo de 1815, hasta que, repentinamente, en un solo año, el de 1848, y como por combustión espontánea, colapsó el sistema completo. La revolución estalló por doquier, extendiéndose de capital en capital: París, Viena, Berlín, Budapest, Roma. Y aunque los intelectuales que habían alcanzado prominencia en la hora de la revolución —Lamartine, Kossuth, Mazzini— pronto fueron hechos a un lado y finalmente los antiguos gobernantes, ahora expurgados, regresaron sigilosamente, su mundo ya no sería nunca más el mismo. Fue una ruptura, “la primavera de las naciones”, una vuelta al napoleonismo, a un neonapoleonismo, a un “napoleonismo sin Napoleón”, como se lo ha llamado. Y pronto tendría, de hecho, su propio Napoleón, “Napoleón *le petit*”, Napoleón III, quien, consciente de su pedigrí, se propuso realizar *les idées napoléoniennes*. Se ofrecería a sí mismo como patrono del nacionalismo revolucionario a lo ancho de Europa, como campeón de las unificaciones italiana y alemana, en cuyas contradicciones pronto se vería enredado y por las cuales sería, a fin de cuentas, expulsado él mismo, un ingeniero político sin aptitudes.

Plus ça change, plus c'est la même chose. ¿No hemos visto acaso repetirse el escenario en nuestro tiempo? Un precario equilibrio de poder establecido después de una larga guerra y diseñado, más que nada, para evitar la resurrección de un poder militar e ideológico derrotado que recientemente había dominado el continente; ese equilibrio mantuvo frenado al nacionalismo; sus ocasionales estallidos —Berlín oriental en 1953, Budapest en 1956, Praga en 1968— fueron todos detenidos. Y luego, después de muchos años y de la aparición de una nueva generación, la *dégringolade*: el repentino colapso del antiguo orden en una capital tras otra, la resurrección del nacionalismo, en ocasiones bajo formas atemorizantes: 1815 podía leerse como 1945 y 1848 como 1989.

El nacionalismo que se abrió paso en 1848, y que he calificado como del Tipo II, era un nacionalismo político: exigía que la nación y la cultura que le confiere su identidad, su individualismo, su vida, debía tener su propio Estado como necesaria caparazón protectora, y ese Estado debía ser coextenso con la nación, ser parte orgánica de ella, su envoltorio natural. De modo que Alemania, un Estado alemán nuevo, unificado, debe contener a todos los alemanes, a todos quienes representan la cultura alemana. Alemania, que había sido definida —en aquellos años en que carecía de política, en que era políticamente fragmentaria, cuando sólo la unía la cultura— como un *Kulturvolk*, debe ahora convertirse en un *Kulturstaat*. De modo similar Italia, el Estado italiano recién unificado, debe incluir a

todos los italianos: los principillos que habían simbolizado su división deben ser depuestos. Este tipo de nacionalismo político también contenía un nacionalismo económico; la remoción de las antiguas fronteras internas crearía un nuevo mercado nacional, como había sucedido en la Francia posrevolucionaria. De modo que el idealismo cultural se fundió con el realismo comercial, las aspiraciones de los intelectuales con los intereses de la burguesía.

Entre 1848 y 1870 ocurrieron las unificaciones de Italia y Alemania. Fueron logradas a expensas del antiguo régimen, restaurado en 1815, y especialmente a expensas del multinacional imperio de los Habsburgo, víctima por igual del nacionalismo alemán e italiano. Pero, ¿por qué habría de detenerse allí el proceso? Alemania e Italia podían alegar prioridad. Eran “naciones históricas”, aunque divididas. Pero ¿acaso Polonia no era también una nación histórica, alguna vez un gran reino unificado y sólo recientemente dividido? ¿Y qué de Bohemia y Hungría, también reinos históricos? Todos ellos, en caso de querer asegurar su antigua libertad, tendrían que hacerlo a expensas del imperio Habsburgo. Y una vez que ellos hubieran señalado el camino, ¿no había otras naciones, más pequeñas, que también podrían erguirse, incluso contra las “naciones históricas” — los croatas en Hungría, los valacos en Transilvania— o también contra otro imperio multinacional, ahora muy debilitado, el imperio otomano: como Serbia, por ejemplo, la Serbia de Vuk, con sus baladas nacionales, o Grecia, con su pasado grandioso, que eran naciones que ya habían sentado sus reclamaciones? También estaban Bulgaria, con sus memorias de imperio medieval, y Rumania, con sus príncipes guerreros y antiguas reivindicaciones romanas. Todas estas naciones formaban fila para alcanzar la autodeterminación nacional, y había grandes potencias que con miras a sus propios intereses estaban dispuestas a respaldar esas demandas.

Pero, si todas esas nuevas naciones fueran a hacerse valer, reclamando identidad tanto política como cultural, ¿dónde habrían de trazarse sus nuevas fronteras nacionales? Ese problema no había surgido en el pasado. Las fronteras habían sido una cosa, y las naciones otra: habían sido formadas por separado, por fuerzas separadas y no necesariamente había coincidencia entre ellas. La mayoría de las fronteras eran tradicionales, algunas de gran antigüedad. Si habían sido ajustadas, casi siempre lo fueron mediante la guerra o los tratados: la nacionalidad o la cultura o el idioma no tenían parte en ello. Y las naciones igual habían encontrado su espacio vital sin referirse a fronteras, fuesen nuevas o antiguas: se establecían donde podían. Esto era así especialmente en Europa del Este. Allí, las sucesivas oleadas de inmigración, conquista y colonización —húngara y

eslava, tártara y turca, sueca y germana— habían desbordado el territorio, dejando agrupaciones humanas y áreas aisladas, superponiendo estratos de población, algunas veces grandes, otras pequeños, para los que no existían fronteras precisamente definidas o que pudiesen ser trazadas de modo racional. Cuando tales naciones se hicieron conscientes de su nacionalidad y buscaron definirla en nuevos términos, pasando a reclamar fronteras políticas exclusivas, ¡qué de problemas insolubles se crearían! En el abierto litoral oriental del Báltico, las culturas sueca, alemana, rusa se superpusieron, estrato sobre estrato, a los pueblos nativos. En Hungría, los magiares eran en sí minoría, gobernando a valacos, rutenios, croatas, los que ahora miraban hacia sus parientes al otro lado de las fronteras establecidas del reino. No debe sorprendernos que algunos de esos pueblos, cuando las implicancias se hicieron evidentes, se reiterasen, prefiriendo la protección de gobernantes tradicionales y lejanos a una incómoda independencia a merced de rivales opresivos en las cercanías: a merced de un general croata al servicio del imperio que aplastó el alzamiento húngaro de 1848; de un patriota checo, Frantisek Palacky, quien declararía que si el imperio de los Habsburgo no existiera, habría que crearlo; y que a pasos de emigrar a una utopía sionista, el emperador apareciese como el mejor garante de los judíos en Austria.

Después de 1918, concluida la Primera Guerra Mundial —precipitada aunque no originada por esos problemas— con el derrumbe de cuatro grandes imperios, el nacionalismo del Tipo II alcanzó su gran triunfo. Los vencedores occidentales, hallándose repentinamente como árbitros incuestionados de Europa, aplicaron sus principios y buscaron satisfacer, en el marco del imperativo de la política, las demandas de las naciones. Habrían de crear una Europa de Estados nacionales, definidos por la cultura y el idioma. Si bien sus intentos han sido muchas veces ridiculizados como desinformados y carentes de realismo, después de todo no fueron tan malos: las fronteras que ellos trazaron, si bien desdeñosamente borradas por Hitler y Stalin, han sido ahora en gran medida restauradas. El error de Occidente no estuvo en las fronteras que entonces trazó, sino en su incapacidad de velar por su preservación una vez que las grandes potencias derrotadas recuperaron su fuerza, y esa fuerza fue dirigida por una nueva forma de nacionalismo, el nacionalismo del Tipo III.

Pues, en un respecto, los estadistas de 1918 no aplicaron sus propios principios. De hecho no podían hacerlo, ya que los problemas eran insolubles. De modo que, naturalmente, castigaron al agresor. Allí donde chocaban las demandas nacionales, las rechazadas eran las alemanas. Era el castigo por la derrota; pero incubó una terrible venganza. Así como el

inocente nacionalismo cultural de Herder se vio fortalecido después de la batalla de Jena por la dura caparazón del poder político, así el nacionalismo político que lo había reemplazado y que ahora había sido a su vez derrotado, se vio reanimado con la inyección de un terrible veneno nuevo: el veneno político se transformó en racial.

Es mérito de Hitler haber desacreditado toda idea de la que se apropió, expresándola y aplicándola en su forma más extrema. El nacionalismo del Tipo I, definido por la cultura, no implicaba una jerarquía de valores: la cultura alemana no era superior a otras culturas, siempre y cuando también fuesen auténticas. Los estándares absolutos eran rechazados junto con la Ilustración francesa, su patrocinador. El nacionalismo del Tipo II cambió todo eso. Una vez que la cultura nacional fue identificada con el poder del Estado, regresó la jerarquía, pues algunos Estados eran claramente más poderosos que otros. De modo que la cultura sería medida por el poder, y mientras el poder alemán crecía, así lo hicieron las pretensiones de su cultura. Después de 1870, ese fue el axioma alemán, contra el cual protestaron en vano Burckhardt y Nietzsche. La guerra de 1914 fue proclamada la guerra por la cultura alemana. Pero aún así, el nacionalismo —al menos el nacionalismo de las naciones pequeñas— todavía era una causa liberal. Pero cuando Hitler redefinió a la nación como raza y midió su cultura conforme a su sangre, se degradó por completo el concepto “del valor de las naciones”. Se había abierto una nueva vía, y a su debido tiempo la explorarían también las naciones más pequeñas. Los bárbaros románticos de Herder recurrirían a las cámaras de Auschwitz, los héroes populares del Vuk serbio a la “limpieza étnica”, y el “nacionalismo” se convertiría en una palabra sucia.

¿Cómo se produjo este último cambio: la fusión de la idea de nacionalidad con los conceptos de raza y jerarquía de razas? No intento responder una pregunta tan difícil. Se pueden encontrar precedentes para todo. La creencia en la superioridad de una raza específica tiene un largo pedigrí. También lo tiene el antisemitismo, si bien su racionalización ha cambiado. El concepto de “pureza de sangre” —y la impureza de la sangre judía— era un axioma en la España del siglo XV. La idea de la desigualdad de las razas fue formulada por un liviano aristócrata francés a mediados del siglo pasado. Pero la fusión de esos ingredientes con el agresivo nacionalismo alemán ocurrió, y con razón suficiente, en el lugar donde las razas estaban más inextricablemente mezcladas: en el multinacional imperio Habsburgo. Allí, el nacionalismo de los austro alemanes fue agudizado y volteado hacia el interior por las sucesivas derrotas de 1858 y 1866, así como por la crisis económica de 1870. Fue allí donde Hitler aprendió la

ideología que se transformaría, según sus propias palabras, en la “base de granito” de su pensamiento y que más tarde llevaría consigo a otra nación germánica, también derrotada, también sumida en la crisis económica, sobre terreno fértil para recibirla.

De modo que hoy, cuando observamos el colapso de otro gran imperio multinacional, sostenido por setenta años de ideología internacional y antinacional, y percibimos una revitalización de aquel nacionalismo cuyo “aguijón” podría asegurar haber removido, ¿qué tipo de nuevo nacionalismo esperamos ver? Los pesimistas piensan en el Tipo III, de la última fase: el furibundo nacionalismo y antisemitismo que ha desacreditado toda la idea nacionalista. Pero tal vez no debamos imaginar el peor de los escenarios. Tal vez, si nos retrotraemos a una definición más auténtica del nacionalismo, si expulsamos fuera toda la doctrina del racismo, que no tiene base alguna en la biología, y no exigimos fronteras demasiado rígidas en un continente de muchas naciones, podamos recuperar la inocente variedad cultural de Herder y de la *Europe sans frontières* prometida en 1993, para alcanzar el ideal del General de Gaulle, que suscribo gustosamente: una *Europe des patries*. □